

SERMÓN PARA EL BUEN PASTOR 18-05-2025

SEMANA DE PASCUA VI C

Queridos hermanos y hermanas:

Los saludo en el nombre de Nuestro Señor y Salvador Resucitado, Jesús el Cristo, y en los nombres de sus humildes discípulos Francisco y Clara, que aceptaron su llamado a ayudar a reconstruir la Iglesia, que estaba en ruinas.

En nuestro propio tiempo y lugar, ruego por la sabiduría para cada uno de nosotros a medida que avanzamos para dar la bienvenida al Señor, cada vez más completamente en nuestras mentes, corazones, y vidas, y por oportunidades para que trabajemos para construir y fortalecer una auténtica Comunidad Amada.

Antes de continuar con las palabras que he preparado para compartir con ustedes hoy, quisiera hacer algo que rara vez hago. Me gustaría comenzar con una nota personal. Gracias por su cálida y amable bienvenida.

Me gustaría reconocer y agradecer especialmente al Padre Ricardo por el increíble apoyo, aliento y afirmación que me ha brindado durante los últimos meses. He disfrutado mucho de las ocasiones en las que he sido bendecido de adorar con ustedes y de sacar fotografías, que ruego sean de alguna pequeña utilidad para esta comunidad, para el Ministerio de Comunicaciones de la Diócesis de Carolina del Norte, y para la Oficina de Ministerios Latinos/Hispanos de la Iglesia Episcopal.

Esta es una Eucaristía que tiene un significado personal para mí. Es la primera vez, desde la recepción de mi ordenación como sacerdote en la Iglesia Episcopal, que he tenido la oportunidad de presidir a la Eucaristía en español. Por esa razón, sepan que, en el futuro, tendrán un lugar muy especial en mi corazón.

Canción:

Un mandamiento Dios nos ha dado
Que nos amemos unos a otros

Que nos amemos, que nos amemos
Que nos amemos unos a otros

Que nos amemos, que nos amemos
Que nos amemos unos a otros

Mis queridos amigos, si no escuchamos nada más que las sencillas palabras de este cántico, ¡hemos escuchado la proclamación del Santo Evangelio! El mensaje es simple, claro y directo: ¡Nuestro Señor nos ha mandado que nos amemos los unos a los otros!

Este mandato directo e inmediato es uno que podría hacer que los abogados comiencen a hacer preguntas,
—pero ¿quién es el “otro” al que se me ordena amar?
—No es muy diferente a esa pregunta que se le hizo a Jesús, pero ¿quién es mi prójimo?
—No es muy diferente a la pregunta que Caín le hizo a Dios, ¿quién es mi hermano?

En todos los casos, la respuesta será que no hay excepciones. No podemos elegir a quién amaremos. ¡El mandamiento de Jesús es que amemos a todos!

No podemos dejar de pensar en ese comentario frecuentemente citado por nuestro Obispo Presidente y Primado anterior, el Obispo Michael Curry: "¡Si no se trata de amor, no se trata de Dios!" El buen obispo enraizó su teología en la impactante realidad de la Iglesia primitiva.

Un grupo de creyentes en la ciudad siria (gentil) de Antioquía tomó a todos por sorpresa. Había algo diferente en ellos, algo inesperado en ellos, algo que nadie podía recordar haber visto o experimentado antes. ¡Se amaban!

Y debido al poder de ese testimonio, los que los rodeaban buscaban alguna motivación. ¿Qué fue lo que hizo que no solo profesaran que se amaban, sino que demostraran esa creencia en la forma en que se trataban? La única conclusión, a la que podían llegar los de afuera, era que se estaban comportando de manera muy parecida a ese Jesús. Y así fue como empezaron a llamarlos, por primera vez, cristianos.

No es que los creyentes de Antioquía empezaran a darse palmaditas en la espalda y a decir: "Vaya, estamos haciendo un buen trabajo siendo discípulos de Jesús". Más bien, fue que otros estaban tan sorprendidos por su comportamiento que comenzaron a comentarlo, y los identificaron como discípulos, como amigos, y como seguidores del Cristo. Y así nos ganamos nuestro apodo. Todo por amor. ¡Fue el amor el que nos formó en comunidad y nos hizo cristianos!

En estos días se siente como si el amor fuera escaso. En una época de división, polarización, y falta de armonía, no vemos mucho de amor, no escuchamos que se exprese el amor, y no sentimos que somos amados, o que otros, que son importantes para nosotros, son amados o valorados.

Honestamente, podemos sentir que estamos siendo atacados, que nuestra Iglesia está siendo atacada, y que aquellos a quienes amamos, no están a salvo. ¿Qué vamos a hacer en un tiempo así? ¿Cómo vamos a responder a esos ataques percibidos?

Sería sencillo si lo contrario del amor fuera el odio. Eso es demasiado simple. No se necesita mucho esfuerzo para encontrar a aquellos que vomitan fuentes de palabras de odio: palabras de racismo y prejuicio, palabras de misoginia, palabras de homofobia, intolerancia, xenofobia y palabras que niegan la bondad y la dignidad básicas de los demás.

Lo que es más inquietante, más aterrador, y más destructivo no es el odio--es la antipatía. No es que algunos elijan odiar, es que eligen no importarles, y no están dispuestos a tomar una posición. No están dispuestos a decir la verdad porque es inconveniente. En algunos casos, la gente tiene miedo, y con razón

.

Pero en la gran mayoría de casos, eligen no hablar porque les hará la vida incómoda. Es hora de que cada uno de nosotros se haga la pregunta difícil: ¿es ese hipotético "ellos" del que acabo de hablar "yo"? ¿Soy yo?

Las Escrituras Hebreas dejan muy claro que hay tres grupos de personas que son sagradas —que son santas— para Dios: las viudas, los huérfanos y los extranjeros. En otras palabras, cualquiera que esté en los márgenes, que sea vulnerable a ser abusado y explotado, es precioso para Dios.

Y, como hijos de Dios, se nos manda amarlos, cuidarlos, hablar en su nombre, defenderlos, y hacer todo lo que esté a nuestro alcance para ayudarlos.

Si no los amamos, corremos el riesgo de caer en la hipocresía. Nuestras bocas profesan nuestra creencia en Dios, pero nuestras acciones no dan testimonio de esa profesión. Como nos diría san Pablo, nuestras palabras son como "instrumentos musicales ruidosos", que sólo distraen. En última instancia, no tienen sentido.

Nuestra primera lectura de hoy, de los Hechos de los Apóstoles (la secuela del Santo Evangelio según San Lucas) nos recuerda un momento de conversión en la vida del apóstol Pedro.

Pedro se sorprende al descubrir que Dios está invitando a los gentiles a ser miembros plenos y activos de la Iglesia.

No es que Pedro odiara a los gentiles. Es solo que realmente no pasó tiempo pensando en ellos. Para él, eran "otros". No había considerado que valiera la pena molestarlos con ellos. Cuando se le da una visión, que pone en tela de juicio todo lo que creía saber, se estremece. Los cimientos mismos de su fe son derribados. Estaba seguro de que sabía lo que Dios quería.

Se le invita, de una manera muy dramática, como si Pablo hubiera estado en el camino a Damasco, a reconsiderar de qué se trata Dios. Pedro llega a entender que Dios no considera a nadie--a nadie en absoluto--como impuro, como desechable, como basura. A los ojos de Dios, ninguna de las distinciones, que los seres humanos tienden a hacer, importa. Cada persona es hermosa, digna, y santa, porque cada persona--sin excepción--refleja la realidad del Creador de todo.

Mis queridos amigos, hoy estamos llamados a ser personas que aman profundamente, y sin reservas. Estamos llamados a ser seguidores tan fieles de Jesús que los demás mirarán, a través de nosotros, para ver el amor de Jesús que nos impulsa.

Que nunca nos cansemos de amar, de servir, y de cuidar a aquellos que Dios ha puesto a nuestro alrededor. Porque en amándolos y sirviéndolos, amaremos y serviremos a Jesús, presente en ellos.

De hecho, Jesús nos ha dado un nuevo mandamiento: ¡que nos amemos unos a otros—unos a todos!